

La misa latinoamericana

Proponemos celebrar una misa

Este editorial quiere ser una propuesta sencilla, pacífica y esperanzada a los hermanos cristianos de Venezuela acerca de la conmemoración de los quinientos años de vida latinoamericana y más particularmente de evangelización. Va dirigida a las comunidades cristianas de base, grupos parroquiales y movimientos, a la vida religiosa, a los párrocos y también a nuestros obispos. Por extensión también la lanzamos a los hermanos latinoamericanos.

Nosotros pensamos que esta conmemoración no debe pasar desapercibida y que puede y debe tomar la forma de una celebración. En otro editorial dimos las razones de esta posición.

Ahora bien, estos quinientos años encierran una complejidad inextricable, ya que no es fácil separar luces y sombras, e incluso hay pareceres contrarios sobre si determinados hechos, instituciones y estructuras fueron o son positivos o negativos. Por eso la celebración, si quiere hacer justicia a la realidad debe contener momentos diversos en los que se discierna esa historia hasta el momento presente, se asuma responsablemente tanto el pecado como la gracia y, desde la aceptación de nuestra realidad concreta en su exacta dimensión, se entablen compromisos realistas a la vez que audaces para enrumbar el futuro con una fidelidad mayor.

Pues bien, creemos que existe un modelo de celebración que en su estructura recoge muy armoniosa y dinámicamente toda esta complejidad: es la Misa. Por eso proponemos que la conmemoración que haremos a lo largo de este año de 1992 asuma la estructura de la Misa y también que se corone simbólicamente con una Misa que recoja toda esta conmemoración. También creemos que esa figura podría ser apropiada para el documento que emane de la Asamblea del Episcopado Latinoamericano que tendrá lugar en Santo Domingo, y consiguientemente proponemos también que su momento cumbre debería constituirlo una Misa con estas características. Tratemos de especificarlas.

La convocación necesaria

Ante todo la Misa es el resultado de un acto de convocación. Sin la convocación de los fieles la Misa es pura rutina o un rito esotérico, producto de un modo estrecho de entender el concepto agustiniano de *ex opere operato*. La Misa es un acto de la comunidad, el acto por antonomasia de la comunidad. A ella alude precisamente esa palabra Misa: al envío de la comunidad una vez acabada la reunión: la comunidad despedida es la comunidad misionera, como la comunidad dispersa por fidelidad cristiana, es la que se reúne en la Misa.

Es cierto que hoy no pocas misas son reuniones de comunidades cristianas vivas. La diferencia entre esas misas participadas y otras que oficia el sacerdote en total soledad ante un público masivo, inarticulado y mudo nos hace ver el camino que aún nos falta. Todavía nos falta convocación. Muchos curas nos contentamos con esperar en los templos y casas curales; muchos seglares se contentan con acudir cuando tienen algún asunto con Dios; muchos cristianos, pues, no somos misioneros, no convocamos. Este año tendríamos que hacer un gran esfuerzo de convocación, que no es lo mismo que proselitismo. Convocar es hacer presente el llamado de Dios (vocación) que se realiza en el seno de la comunidad (con-vocación); en tanto que hacer prosélitos es separar compulsivamente a personas de su comunidad para que entreguen su albedrío a una secta sacralizada. Pero para convocar necesitamos dar lugar para que en la comunidad que es la Iglesia quepa cada quien con su responsabilidad, no delegada sino dada por Dios, ya que nadie es cristiano por concesión de su párroco o del Papa sino por la gracia de Dios.

La convocación que urge para ajustar cuentas con el pasado es la convocación al pueblo. "Nuestro pueblo no rechaza la Iglesia, la quiere, pero no se 'siente' Iglesia" (señalan humildemente nuestros Obispos) porque no tiene lugar en ella sino como destinatarios individuales de servicios religiosos o como masa anónima, es decir como los que reciben la acción de la Iglesia, identificada en la práctica con la institución eclesial.

El primer paso de la convocación es oír su voz. Llamarlos para que hablen. Nos hemos

Petición de perdón como Iglesia

pasado quinientos años hablando al pueblo. ¿No será ésta la ocasión para empezar a escucharlo? ¿No se le ha concedido a él el mismo Espíritu que a nosotros? Tendremos que dar cuenta a Dios, por no atender al reclamo que nos hace, si durante este año no damos la palabra al pueblo. Y no una vez ni como concesión sino haciendo un espacio permanente para que se expresen regularmente y para que su opinión sea tenida en cuenta.

Esta asamblea convocada es una congregación de pecadores. Debemos reconocerlo sinceramente y pedir perdón. No sólo somos pecadores como individuos sino como Iglesia. Sería una fiesta farisea (que Dios repudia) la que no comenzara con un acto humilde de contrición. En América Latina hubo una alianza entre la espada y la cruz. La observancia del cristianismo fue obligatoria y la transgresión a leyes de la Iglesia se penalizó con penas corporales y pecuniarias y con el anatema social. Jesús vino desde abajo, con figura de pueblo, vino sin poder, sólo con la desnuda autoridad de su vida, y vino a proponer, a invitar, no a mandar. Sólo propuso una buena noticia. No sacralizó ni a la religión judía; menos aún culturas, leyes civiles o autoridades políticas. Y entre nosotros, en una medida considerable, el Evangelio del Reino fue sustituido por la entrada en el régimen de cristiandad, como si ambas magnitudes fueran equivalentes. El resultado de todo esto fue la aceptación eclesial de un espacio social fuertemente jerarquizado en el que ella ocupaba un plano de honor, en tanto el pueblo, los hermanos de Jesús, los hijos predilectos de Dios, los destinatarios privilegiados de su Reino, eran relegados al último puesto. Más aún la propia institución eclesial se configuró insensiblemente a sí misma según este modelo societal. Y todavía no acabamos de salir de esa trampa. Se ha cambiado bastante; pero, en parte, para no cambiar. Tenemos que reconocerlo. No podemos llamar bien al mal, ni mera contingencia histórica lo que también es pecado. Tenemos que pedir perdón por esa llaga por la que se desangra nuestra Iglesia: la separación del clero y fieles, y consiguientemente la alianza del clero con los poderosos (según la terminología profética que usó el gran Obispo Rosmini, rehabilitado por el Concilio Vaticano II). Una parte muy significativa de la institución eclesial está empeñada hoy en acabar con ese matrimonio, con esa alianza sacrilega. Pero no es posible conquistar esa libertad si no se acaba con la minoridad del pueblo dentro de la Iglesia. Esta es la piedra de toque de la veracidad de nuestro propósito de la enmienda.

Acción de gracias por los dones y frutos

Reconocemos que hay pecado y por tanto necesidad de conversión. Pero también hay en nuestra Iglesia motivos para celebrar. Ante todo y sobre todo, la venida del santo nombre de Jesús, de su historia viva y de la comunidad que nace de él como testigo suyo a través de los tiempos; y la aceptación de Jesús por parte de indígenas, de negros y de mestizos. Es un milagro de la gracia que, a pesar de tanta destrucción y desprecio, a pesar del crimen sacrilego y sin arrepentimiento de la esclavitud, y a pesar de estigmas y discriminaciones, estas personas hayan abierto su corazón al Evangelio. Porque, además de los que se plegaron a la religión de los vencedores y de los que se sometieron a la imposición de una religión obligatoria y de los que simulaban y siguieron adorando al ídolo tras el altar, también se dieron verdaderas conversiones, y estos conversos se transformaron en verdaderos evangelizadores del continente (y muy particularmente de nuestro país) hasta el día de hoy. También tenemos que dar gracias por aquellos misioneros que no buscaron el oro o el trabajo de los indios ni señorear sobre ellos sino que entregaron gratuitamente el Evangelio y se entregaron también ellos con todo amor. Ellos hicieron posible esas conversiones. Como es imposible mencionar a todos, recordaremos el nombre de Antón de Montesinos, primer profeta latinoamericano, que murió mártir por defender a los indígenas en nuestra tierra venezolana.

Tenemos que dar gracias porque este Evangelio fue semilla caída en tierra buena que germinó en una pléyade de santos. De entre los misioneros: Francisco Solano, Luis Beltrán, Toribio de Mogrovejo, Pedro Claver y tantos otros que se entrañaron entre nosotros. Y de los nacidos aquí: Juan Diego, Rosa de Lima, Martín de Porres, Mariana de Jesús, Roque de Santa Cruz y tantos otros que nos han revelado que, aun en situaciones de pecado, puede florecer la gracia sanando y liberando, y que certifican que el latinoamericano es capaz de Dios y que desde su idiosincrasia puede seguir a Jesús hasta el extremo.

Tenemos que agradecer a Dios que aquellos del pueblo que han tomado en sus manos el cristianismo (porque ellos mismos habían sido tomados por Dios) han producido un modo de ser cristiano que enriquece la catolicidad: el catolicismo popular. Y tenemos que alegrarnos porque ese cristianismo, considerado por la Primera Asamblea General del Episcopado Latinoamericano (Río 1955) como ignorante y supersticioso, ha sido

revalorizado por la Segunda (Medellín 1968) y reconocido por la Tercera (Puebla 1979) como fuerza activa con la que el pueblo se evangeliza a sí mismo.

Tenemos que dar gracias porque esta Iglesia ha podido dar a luz el proyecto pastoral de liberación integral, esperanza para el pueblo y salvación para la Iglesia, reconocido por el Papa e incluso por el Vaticano en dos documentos solemnes. Y como el sello de este proyecto y el signo de la madurez de esta Iglesia, tenemos que agradecer a Dios la gracia de tantos mártires (cuyo símbolo es Monseñor Romero) que, si destapan la mentira de que vivimos en una sociedad cristiana y evidencian que vivimos en estructuras de pecado, gritan todavía más fuerte la radicalidad de su seguimiento al Buen Pastor al dar, en comunión con él, su vida por sus hermanos oprimidos.

Todo esto por lo que damos gracias a Dios es el tesoro que él nos da. Sólo sacando de ese tesoro superaremos nuestras deficiencias y podremos afrontar nuestros compromisos. Por eso Dios quiere que tomemos conciencia de tanto bien recibido y que nos alegremos de él en su presencia.

Escucha de la palabra como pueblo convocado

En la misa el pueblo congregado recibe la palabra actual de Dios. No un curso bíblico sino la palabra de Dios que se proclama igualmente para el clero y los fieles, y que debe ser aceptada por la comunidad reunida y respondida por ella en común. No se trata de que el cura, que se las sabe todas, explica al pueblo ignorante lo que él ya domina. La palabra del Señor se dirige de una manera soberana y siempre nueva a todos los discípulos, y todos tenemos que dejarnos medir por esa palabra, todos tenemos que hacer el esfuerzo de entenderla y recibirla, y, después de contemplarla y amarla, todos tenemos que convertirnos a su propuesta.

Es cierto que uno de los graves vacíos de la evangelización latinoamericana fue la ausencia de la Biblia y sobre todo de la historia de Jesús tal como se encuentra en los Evangelios y de la respuesta de la primera comunidad tal como la recoge el resto del Nuevo Testamento. En los catecismos no se encontraba nada de esto. Todo lo ocupaba el dogma, la explicación de los mandamientos y sacramentos, y las oraciones. Claro está que el ciclo litúrgico recogía los momentos cumbres; pero en gran medida deshistorizados.

Nos encontramos, gracias a Dios, en un momento grande de Tradición: la entrega de la Biblia al pueblo. Esta gracia de las gracias acontece, como Dios quiere, en la propia casa del pueblo. Durante este año tenemos que redoblar esta proclamación y esta escucha. Naturalmente que a esta semilla no se la pueden poner plazos; pero sí sería bueno que la Iglesia proclamara este tiempo como tiempo de sembra de la Palabra de Dios. Nada hay más liberador que la Palabra de Dios, si nadie se erige en dueño de ella, si no se la degrada a cursos (que por otra parte son provechosos), si todos nos ponemos como discípulos dispuestos a escuchar en común y a escucharnos con inmenso respeto las respuestas.

No ofrecer sucedáneos sino lo que El nos pide

En esta Misa nuestra no puede faltar el ofrecimiento. El misterio cristiano (y la Misa que lo simboliza) es reciprocidad de dones. El nos amó primero. Y es una gracia suya, una muestra del inmenso amor que nos tiene, el que acepte nuestros dones. El don que nos pide hoy es sin duda el de la opción por los pobres. Es una opción para todos los tiempos y para todos los cristianos: no se puede ser cristiano sin esta opción. Pero es cierto que en cada tiempo reluce con especial fuerza algo que siempre estuvo allí y que fue siempre patrimonio de los santos.

Nuestra Iglesia latinoamericana ha descubierto que su fidelidad y su salvación pasan por la opción profética y solidaria por los pobres. Que significa poner nuestra vida a su servicio para que podamos tener toda vida digna y compartida. No significa dar algo de lo que nos sobra. No se nos pide menos que descentramos, es decir, dejar de ser nosotros el centro de nuestras preocupaciones y proyectos, y consagrar nuestra vida a Dios en ellos. A lo largo de la historia del cristianismo en América Latina muchas personas echaron su suerte por los pobres. ¿Cuál sería la novedad de esta hora? Sería pasar de echar la suerte por ellos desde una especie de paternidad espiritual, a echarla con ellos desde una fraternidad radical que se expresa en relaciones abiertas, horizontales y mutuas.

Esta opción se nos pide a todos; pero resulta heroica sobre todo para los propios pobres, a los que el orden establecido les insta por todos los medios a que den la espalda a los suyos y aun a su mismo ser cultural y que se fajen en una lucha total para entrar en él. La

Comunión con Jesús y con los Cristos latinoame- ricanos

solidaridad de los pobres con los pobres es hoy el signo mayor de la presencia del reino de Dios. Pero esta solidaridad se nos pide a todos. Y constatamos con gran alegría que, en medio de la guerra desplazada que hoy se cierne sobre nuestro pueblo, hay personas de todas las clases sociales e incluso del primer mundo que han hecho esta opción no sólo con gran voluntad sino también con cariño, alegría y creatividad. Es la internacional de la vida que se gesta como alternativa a esta internacional de la muerte que parecería regir sin contrapeso. Esta opción por los pobres, en la que caben expresiones tan distintas como lo somos los seres humanos, es el ofrecimiento de esta Misa venezolana y latinoamericana. Pero no como declaración de principios sino expresada de un modo concreto.

En la Misa acogemos a Jesús que se hace presente. Viene para entregarse como alimento, para derramarse como bebida. El centro de la Misa es recibir al Señor de modo que él sea la vida de nuestra vida (en la Eucaristía es verdad, si hay fe, que el ser humano es lo que come) y la alegría de nuestro corazón (eso simboliza el vino). Pero tenemos que ser conscientes de que comulgamos con una vida asesinada y con una sangre derramada en la tortura. Aceptar a Jesús es comprometernos con su causa, comprometernos a continuar su historia, a ser testigos de la verdad. La verdad que Jesús nos reveló es que la vida es don de Dios; y testimoniar esa verdad es hacer lo mismo que Jesús (que hacía lo que veía hacer al Padre): entregar la vida como don. Para eso nos da Jesús el pan de la fe y el vino de la alegría; para que hagamos nosotros lo mismo. Así pues la comunión con Jesús es vivir dando la vida a los privados de vida.

Esta comunión de la Misa latinoamericana, por ser comunión con Jesús, es comunión entre los discípulos (hacer la comunidad y la comunidad de comunidades, la Iglesia, en el don recíproco) para ser comunión con los Cristos latinoamericanos (como los llamó místicamente Puebla) es decir con el pueblo oprimido y marginado (que en gran medida coincide además con la comunidad cristiana, que es la base de nuestra Iglesia).

Pero comulgar con Jesús y su misión, es decir, seguir su camino, es también estar dispuestos a participar de su destino. Por eso la comunión es lo más hermoso y consolador de la Misa (nos hacemos un cuerpo con Jesús y entre nosotros) pero también lo más comprometido y riesgoso (en una situación de pecado, como la que le tocó a Jesús, echamos la suerte con el pueblo condenado por los ricos para que siga en pie su mundo). Si no discernimos lo que entraña la comunión, comemos y bebemos nuestra propia condenación. Nuestra Misa es una crisis: de ella podemos salir perdonados e iluminados para seguir el Camino o podemos quedarnos ciegos. La comunión con Jesús en esta Misa latinoamericana tiene que ser hacer de la Iglesia una comunidad viva que comulgue con los que tras cinco siglos siguen siendo los vencidos.

La misión

La Misa acaba con el envío a la misión (de ahí, decíamos, deriva la palabra misa). Es claro después de lo que antecede que somos enviados a hacer verdad en las demás dimensiones de la existencia lo que realizamos en la celebración. Hace quinientos años los indígenas ofrecieron sus dones a los españoles como modo de conjurar un peligro y como prenda de una acogida. La aceptación por parte de los españoles no significó, en la mayoría de los casos, una señal de amistad. Los dones de los españoles no eran presentes valiosos sino baratijas, expresión de un intercambio desigual y cifras de un engaño. Ellos implantaron la cruz no como símbolo de vidas entregadas sino como la enseña de una cultura que estaba llamada por Dios a prevalecer y que por eso pedía sometimiento. Hoy se implanta el neoliberalismo sin ningún signo, con una frialdad desnuda: sólo hay posibilidad de vida en el mercado mundial, diseñado y controlado por el Occidente desarrollado. Si alguien puede entrar en él, que entre. En esta situación a nosotros se nos envía a hacer lo mismo que hizo Jesús: entregar nuestra vida para que tengan vida los privados de ella. No se nos dice cómo. Sólo, que los medios sean afines al fin. Nosotros no creemos ni en la astucia del espíritu de Hegel ni en la mano invisible de los liberales. Nosotros creemos que el modo de producción determina el producto: sólo un modo de producción de la vida social que tenga en cuenta el bien común en sus diversos niveles, puede producirlo realmente. Y el bien común no es la suma de los bienes que cada quien puede conseguir para sí. Es el bien de las personas, que a diferencia de los sujetos, se definen por las relaciones que entablan y les constituyen. Porque somos personas, la humanidad es realmente una y nosotros estamos llamados a construir un mundo de hermanos. Esa es la tarea de los que nos consideramos hijos de Dios. A eso nos convoca esta Misa.